

Tres lecciones de biología*

Eduardo Chirinos



(Cicada orni)

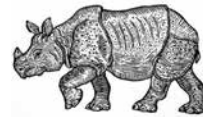
Por culpa de la fábula tengo mala prensa.
No quiero restarle méritos a la hormiga
(que los tiene y muchos), pero la historia
no me hace justicia. Muchos han acudido
a defenderme. Sostienen que mi canto y
mi vagabundeo son útiles, que hasta la
hormiga se solaza conmigo en el invierno.
Comprendo que se trata de una fábula, que
mi canto no merece ninguna recompensa,
que soy alegoría de la conducta humana.
La verdad es que yo no canto. Los machos
de mi especie hacemos ruido desplazando
la pared torácica de afuera hacia adentro.
Se trata de atraer a las hembras, y que
las hembras nos escuchen. Este juego es
peligroso: muchos sucumben y mueren
debido a la diferencia de presión sonora.
Si hubieran sabido esto, ¿qué hubieran
escrito Esopo, La Fontaine y Samaniego?

* Poemas del libro *Treinta y cinco lecciones de biología (y tres crónicas didácticas)*, Eduardo Chirinos, México, UAM-Textofilia, 2014, 65 pp.



(Geococcyx californianus)

Sin duda me recuerdan. Aunque debo decir que mi plumaje no es azul-celeste sino más bien castaño claro. Mis patas no son tan alargadas, tampoco tengo ese penacho tan gracioso en la cabeza. Qué le voy a hacer, se trata de dibujos animados. Mi cola, eso sí, es bastante larga, y sirve de timón cuando hago giros en mi alocada carrera. Alcanzo hasta treinta y cinco kilómetros por hora. Parece bastante para un pájaro tan pequeño y esmirriado. Pero el coyote es más veloz (y bastante más astuto). Cosas del equilibrio ecológico: yo me alimento de culebras, insectos, lagartijas; el coyote se da un banquete con los míos. Mi única venganza son los dibujos animados. Ver al coyote rajado, herido, maltrecho y chamuscado.



(Rhinoceros unicornis)

Las tropas de Alejandro se asustaron al verme. Pensaron que se hallaban frente al unicornio de los mitos. Y me quedé con ese nombre. Tuvo que pasar mucho tiempo para maravillarse a Occidente, especialmente a sus artistas. Durero (quien jamás me vio) me hizo un grabado en 1515. Allí parezco un caballero medieval en su armadura, un verdadero monstruo antediluviano. No era yo, naturalmente, pero Durero tenía buen oído. Por algún tiempo me relevó esa imagen, pero no por mucho. Años después, Longhi pintó en Venecia el llamado “Vero Ritratto di un Rinocerotto”. ¿Alguien recuerda esa pintura? Un rinoceronte devora su ración de heno mientras los curiosos apenas se fijan en el espectáculo. Uno lleva un cuerno y un látigo, otro fuma distraído una pipa, un tercero se cubre ostentosamente la nariz. Un ojo adiestrado notará detrás del rinoceronte un montículo de estiércol. Lo que queda del arte, las sobras del mito. 